

1.

El inicio

Presente

El mensaje había llegado como todas las semanas, sin aviso y como algo casual.

“Juli, el lunes nos vemos”.

Pero ese lunes nunca llegó.

Hoy recuerdo esa frase sentada en la mesa del comedor, mientras miro la ventana sin ver nada en realidad. La habitación se siente cálida, con ese calorcito típico del final del verano y el inicio del otoño. El sol me da en la cara, cierro los ojos y dejo que me pegue directo en la piel, pensando en vos y en todos los momentos que nos quedaron pendientes.

Hay recuerdos que no aparecen como imágenes claras, sino como sensaciones. El calor del sol en la cara, el silencio de la casa, el eco de una frase que parecía simple pero que terminó convirtiéndose en la última.

Abro los ojos y, no sé por qué, de forma automática miro el cuadro que tengo colgado a mi izquierda, solo en una pared blanca. El cuadro muestra a dos

personas abrazándose: un hombre y una mujer. Y ese cuadro, para mí, pesa. Carga muchas palabras no dichas, muchas anécdotas que quedaron sin escribirse, muchas risas juntos que ya no van a volver a suceder. Pero sobre todo carga ese último abrazo que no llegué a darte.

Todo esto pasó hace cuatro años y aun así siento como si fuese hoy ese lunes que tenía que llegar.

Cuatro años antes

Cuatro años atrás estaba sentada en la mesa del comedor con todos los apuntes desparramados, porque tenía un parcial que se avecinaba y, como siempre, había dejado todo para último momento por priorizar salidas con mis amigas. Era martes y tenía solamente una semana para estudiar más de quince unidades. Ya sabía que no iba a llegar, pero igualmente iba a intentarlo utilizando el método efectivo del tatetí de temas: elegir cuáles iba a leer y cuáles consideraba poco importantes, confiando en que el profesor tampoco los consideraría importantes para el parcial.

Me levanté para hacerme un mate, así estaba en buena compañía mientras ordenaba los apuntes e intentaba enfocar la cabeza. No tenía planes esa

semana, a propósito, para poder concentrarme, pero siempre estaba abierta a que algo surgiera con mis amigas o con Juan. Con ellos siempre estaba dispuesta a decir que sí.

En eso vibra mi celular, como si me hubiese leído la mente o las ganas de verlos.

Era un mensaje de Juan.

“Juli, el lunes nos vemos”.

Lo miré desilusionada. ¿Lunes? Faltaba una eternidad para el lunes.

Juan era ese tipo de amigo que llega sin avisar y que en menos de cinco minutos sabés que va a convertirse en tu persona confidente de toda la vida. Así empezó nuestra amistad. Un día estábamos en un bar con las chicas, como siempre yo estaba acompañándolas para que se encontraran con sus respectivos, porque si hay algo que me sale muy bien es ser la segunda.

Estaba apoyada en la barra mientras me reía de los encuentros “casuales” que ellas tenían con sus chicos. “Casuales”, porque en realidad nada era casual en esas salidas. Semanas antes planificábamos todo como si fuese un caso de CSI: armábamos el plan de a qué bar íbamos a ir porque

sabíamos que ellos iban a estar ahí, cómo nos íbamos a vestir, cuál iba a ser la actuación y hasta lo que teníamos que decir.

Yo siempre pensé que si esa escena se presentaba en una película de Hollywood, seguro nos daban un Oscar.

Mientras tomaba un trago —no muy fuerte, porque tenía que aguantar toda la noche para ver si me volvía sola o no— apareció alguien al lado mío.

—Juan, ¿y vos? —me dijo, inclinándose un poco hacia mi oído porque la música estaba fuerte.

—Julieta, un gusto —le dije, tendiéndole la mano. No tenía ningún plan de conquista esa noche.

—¿Ellas son amigas tuyas? —preguntó.

—Sí. ¿Cómo sabés? —lo miré con una ceja levantada, tratando de entender hacia dónde iba la conversación.

—Porque las estás mirando mucho y riéndote sola, y creo que es porque algo se tramaron.

Lo miré sin entender si nos había estado espiando o si era muy buen adivino. O quizás era un agente del FBI y no nos dimos cuenta.

—Sí... es que la situación es cómica. Están actuando exactamente lo que ensayaron hace una semana —le dije, porque no sé, sentí que podía confiar en él.

—Igual que ellos —me dijo señalando a los chicos que estaban con ellas.

—¿Los conocés?

—Sí, son mis amigos. Y yo soy “Juan el segundero”.

No pude evitar reírme con él, porque estaba exactamente en la misma situación que yo.

—Un gusto. Julieta, la segundera —le dije, y le volví a tender la mano como una segunda presentación.

A partir de ese día no nos separamos más. Y no como personas que querían salir, sino como dos personas que se encontraron en el mismo lugar de la vida sin haberlo planeado. Tres años de amistad en los que nos guardamos los secretos más íntimos.

Juan era una persona en la que podía confiar. Podía contarle hasta lo más profundo de mis sentimientos sin sentir que me iba a juzgar. Era esa persona que estaba en todo momento.

Nuestro ritual eran los lunes. Siempre nos juntábamos después del trabajo a tomar unos mates y hablar, en su casa, en la mía o en algún parque. Pero no faltábamos por nada del mundo.

Era ese día que funcionaba como un oasis en el inicio de semana.

Era el momento en el que uno podía vaciar la cabeza de todo lo que tenía dando vueltas y empezar la semana un poco más liviano.

Así era Juan. Ese pilar que parecía que siempre iba a estar. O al menos eso era lo que yo creía.

El momento en que todo cambió

Volví a la realidad y le respondí el mensaje.

Yo: “¿Lunes? Sí, es ritual. Pero nos podemos juntar antes también.”

Juan: “Lo sé, Ju, pero no me siento bien. Ayer tuve fiebre y prefiero recuperarme.”

Yo: “Uh, ¿pero estás bien? ¿Tenés algún síntoma?”

Juan: “No, solo fiebre. Tranqui. Por suerte no me duele nada, pero tampoco quiero estar saliendo.”

Yo: “No, tranqui, está bien. Mejorate, pero por favor manteneme al tanto de cómo venís.”

Ahí quedó la conversación. Ahí quedó la frase.

La semana transcurrió aburrida como todas, sin planes hasta el viernes, cuando con las chicas decidimos ir a tomar unas cervezas, pero no en plan de cazar chicos sino simplemente como amigas con ganas de charlar. Durante toda la semana hablé con Juan. Estaba bien. No había vuelto a tener fiebre y todo indicaba que el lunes íbamos a mantener nuestro ritual de siempre: mates y charla. Me dijo que tenía que hacerse un chequeo médico y nada más, así que me quedé tranquila.

El viernes a la noche me estaba maquillando antes de que las chicas pasaran a buscarme y le mandé un mensaje.

“¿Todo bien? ¿Cómo te sentís?

¿El lunes estamos para mate en conjunto o preparo dos para no contagiarme?”

Guardé el celular en la cartera y salí.

La noche transcurrió normal, entre risas y charlas, anécdotas y planificación de viajes que sabíamos que probablemente nunca íbamos a concretar. Hasta que en un momento me acordé de que no había revisado el celular por si Juan había respondido.

Lo saqué de la cartera y me resultó raro ver tres llamadas perdidas.

Cuando desbloqueé el teléfono vi que dos eran de la mamá de Juan y una de mi mamá.

Las de la mamá de Juan no me preocuparon, porque siempre hablaba con ella. Capaz era Juan que se había quedado sin batería y me estaba llamando desde el celular de su mamá. La de mi mamá sí me preocupó, porque yo tenía una regla con mi familia: no llamadas a menos que fuera urgente.

La llamé enseguida.

—Hola ma, ¿qué pasó?

—Juli... ¿estás en tu casa?

Algo en su voz me hizo sentir un nudo en el pecho.

—No, estoy en el bar con las chicas. ¿Qué pasó?

—Juli, quiero que estés tranquila con lo que te voy a decir.

—¿Qué pasó, ma?

—Me llamó la mamá de Juan, que estaba intentando comunicarse con vos.

—Sí, vi las llamadas. Seguro Juan se quedó sin batería. Justo le había mandado un mensaje para ver qué hacíamos el lunes.

—Juli...

Hubo un silencio.

El silencio más largo de mi vida.

—Juan falleció.

Durante unos segundos no entendí lo que había escuchado. Las palabras estaban ahí, pero mi cabeza no las podía acomodar en una frase que tuviera sentido. Era como si alguien hubiese dicho algo en otro idioma y yo estuviera esperando que lo repitiera mejor.

Sentí frío.

Un vacío en el estómago, como si algo hubiese caído en picada dentro de mí.

La música del bar seguía sonando, pero de repente parecía venir de muy lejos. Las voces de mis amigas se volvieron un murmullo confuso. Todo alrededor mío siguió moviéndose, pero yo me quedé completamente quieta.

—¿Qué? Má, no es el día de los inocentes. Si Juan está al lado tuyo decile que la broma es de mal gusto.

Mientras hablaba, me di cuenta de algo extraño: estaba sonriendo. Una sonrisa automática, nerviosa, como si mi cuerpo estuviera esperando que en cualquier momento alguien dijera “era una broma”.

—Juli... Juan falleció. Fue al hospital por un estudio médico y se descompensó. No pudieron hacer nada.

Mi mamá empezó a llorar.

Y yo dejé de escuchar.

Dejé de pensar.

Dejé de sentir.

Las chicas me miraban sin entender qué estaba pasando. Yo seguía con el teléfono en la mano, mirando un punto fijo en la mesa, como si en ese pedazo de madera pudiera aparecer una explicación lógica para lo que acababa de escuchar.

Lo único que supe hacer fue llorar.

Llorar en silencio.

Porque ni siquiera el grito que tenía atravesado en la garganta pudo salir.

Presente

Así fue como me enteré de la muerte de Juan. Mi Juan, mi pilar, mi sostén, mi oasis en medio de la vida, estaba muerto.

En el momento en que me enteré me negué a aceptar la noticia. No podía ser. Si el último mensaje era “el lunes nos vemos”, ¿cómo podía dejarme así con una promesa sin cumplir?

Uno nunca está preparado para la muerte de alguien que ama. A veces fingimos que sí, nos imaginamos fuertes para que el día que pase podamos sostenernos, pero cuando finalmente ocurre descubrimos que no somos tan fuertes como creíamos. Menos cuando sucede de repente, sin aviso.

El dolor que sentí fue enorme. Cada persona lo vive de forma diferente. En mi caso fue como si un vacío se hubiese instalado en todo mi cuerpo, en mis días, en mis semanas.

Desde que se fue, los lunes ya no son lo mismo. Los lunes se volvieron un recordatorio constante de que hay rituales que no terminan cuando uno

quiere, sino cuando la vida decide cortarlos sin avisar.

A veces pienso que el duelo no es solo extrañar a alguien. El duelo también es aprender a convivir con todos los pequeños hábitos que esa persona dejó atrás. El mate de más que ya no preparo. El mensaje que ya no llega. La conversación que sigo imaginando en mi cabeza como si todavía pudiera suceder.

Nunca me acostumbré a que no esté conmigo y todavía no sé si realmente pude seguir adelante como él siempre quería que hiciera frente a las adversidades.

El día del entierro me negué a ir. No podía aceptar la despedida de alguien que para mí seguía vivo dentro mío. No podía aceptar que nuestras charlas ahora fueran con un pedazo de tierra de por medio. Siempre me pareció eso el cementerio: una tortura lenta, una despedida interminable de las personas que amamos.

Estaba enojada.

Enojada con él.

Enojada con la vida.

Juan me había dejado de un día para el otro. ese lunes en el que nos íbamos a ver...nunca iba a llegar.

Desde entonces aprendí algo que nadie te explica cuando sos chico: hay promesas que no se rompen porque alguien quiera romperlas, sino porque el tiempo decide detenerse en el medio.

Y desde ese día, cada lunes que empieza me recuerda lo mismo.

Que hay encuentros que quedan suspendidos para siempre en una frase.

“Juli, el lunes nos vemos”.